

CÓMO ME INICIÉ EN LA QUÍMICA: UNA EXPERIENCIA PERSONAL

Pedro J. Aymonino

A la vocación por una ciencia se la puede despertar ya en el niño, como me ocurrió a mí, circunstancialmente, porque un profesor de Química del Colegio Secundario Rafael Hernández de la Universidad Nacional de La Plata tuvo la idea, para congraciarse con la tía que cortejaba y con la que yo convivía en la casa de mi abuela materna (que me alojó mientras iba a la Escuela Primaria Joaquín V. González de esa misma Universidad pues mis padres vivían en Tres Arroyos) de armarme un pequeño laboratorio químico para realizar experimentos los que, a pesar de elementales, me fascinaron y condicionaron mi futuro profesional.

Confieso que, cuando tuve que decidir en qué carrera universitaria me iba a inscribir, dudé entre la Química y el Notariado, con extensión a la Abogacía, pues mi padre era escribano, recibido posteriormente de abogado y yo tenía la posibilidad de heredar una Escribanía muy acreditada, que me ofrecía mejor futuro económico que la Química pero primó el mayor interés por esta última profesión, que me despertara aquel profesor de esa disciplina.

Que quede claro que la Escribanía no sólo me atraía por el incentivo económico que me ofrecía sino porque había adquirido un interés genuino en ella como resultado de la ayuda que le prestaba a mi padre cuando estaba yo de vacaciones en Tres Arroyos y él requería mi colaboración para suplir a empleados que se tomaban vacaciones en esa misma época. Por otra parte, me atraía el Derecho para defender causas justas.

Finalmente, primó la Química y así me convertí en un químico que abrazó la carrera académica, tanto en su aspecto docente como en el de creación de conocimientos. Muy afortunado he sido por todo lo que me ha brindado esa actividad en el aspecto intelectual como en el social, aunque no lo haya sido tanto en el económico.

La moraleja es que hay que dotar a las escuelas de docentes, que pueden ser los mismos maestros, adecuadamente preparados y de elementos para hacer observaciones y experimentos básicos, elementales, importantes en sí mismos pero también ligados con la realidad diaria, doméstica sin ir más lejos, para explicarla y fundamentarla y, con ello, mostrar el interés práctico que tienen las ciencias.

Pero también es obviamente necesario que, en las escuelas y colegios, se le asigne a esa actividad el tiempo mínimo necesario para poder desarrollarla aceptablemente.

Me consta que hay gente que está promoviendo esa actividad, aunque en forma limitada en sus alcances institucionales por lo que merece el mayor apoyo para hacerla más abarcadora. En ella habría que basar cualquier acción oficial para crear interés y vocación por la ciencia pero no sólo en alumnos sino también en docentes.

Respecto a la preparación que deben tener los docentes en ciencias y particularmente los secundarios, la premisa fundamental es que conozcan bien lo que enseñan y que, en su formación, no se postergue la adquisición de ese conocimiento básico ante la forma de enseñarlo pues he podido observar que se le dedica más tiempo a cómo enseñar que a lo que se va a enseñar y así son las lagunas y desconceptos que suelen tener los profesores en las materias que enseñan.

Por ello, sostengo que los profesores secundarios de ciencias deberían obtener, primero, el título de Licenciado o equivalente, en la disciplina a enseñar y luego hacer el profesorado, como maestría o especialización, para adquirir las técnicas y métodos modernos de enseñanza. Además, deberían tener la posibilidad de doctorarse para reforzar aún más su formación y gozar de las prerrogativas que el título de doctor otorga. Los profesores tendrían que tener acceso a becas de perfeccionamiento en el país y el extranjero y a licencias sabáticas para actualización.

Mientras se llega a ese ideal se deberían ofrecer cursos de actualización del tipo que una vez ofreció el CONICET para profesores del secundario y que hoy está tratando de actualizar un grupo de academias nacionales, liderado por la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, iniciativa que merece el máximo apoyo del Ministerio de Educación de la Nación y de los ministerios provinciales. Los colegios secundarios deberían incentivar y facilitar la asistencia de sus profesores a tales cursos.

De la misma manera, a los maestros primarios se les debería reforzar y profundizar los conocimientos de ciencias con cursos especiales, de nivel y contenidos adecuados.

La oferta de cursos debería ser permanente. Sólo así, con maestros y profesores con vocación y bien formados, con sólidos conocimientos, actualizados, en las disciplinas que enseñan y en la forma de enseñar se podrá mejorar sustancialmente el nivel de conocimiento científico de la sociedad y con ello, el reconocimiento y apoyo que le debe prestar a la ciencia y a los científicos por los aportes que hacen a su bienestar físico y moral.